

El zorro generoso y el erizo intransigente

J. M. RUIZ SOROA

La generosidad hay que merecerla. Los del otro día, esos que exhibían orgullosos su historia sin la más mínima reflexión sobre el mal que han causado, ¿merecen generosidad?

ETA se dirige hacia la historia. Empieza el tiempo de la memoria. Y también el de la desmemoria. No empiezan pasado mañana, han empezado ya. La memoria y la desmemoria se construyen ambas con la vivencia del presente, y con la forma con que cada quien se cuenta esa vivencia. En el hondón de su alma. Ahora mismo.

21 de octubre de 2011. EL CORREO. Modelo desmemoria: «Euskadi lo ha conseguido, ha doblegado a la violencia. Zorionak Euskadi» (Urkullu, político). Modelo memoria: «La sociedad vasca no ha sido beligerante contra ETA salvo en escasos momentos puntuales. Ha preponderado el pasar de largo, el no enterarse» (Aguirre, teólogo).

Contar lo que estamos viviendo como el triunfo de una sociedad vasca que habría sido activa y beligerante contra el terrorismo es tanto como poner la piedra angular de la desmemoria. ¿Por qué? Porque solo sobre esa falsificación de lo sucedido puede sostenerse el siguiente ladrillo de lo que en realidad se está construyendo: pasar página cuanto antes.

Ese ladrillo tiene ya un nombre prestigioso: 'generosidad'. Una sociedad que ha resistido, ha luchado, y ha triunfado finalmente, tiene la grandeza de ser generosa, ese es su privilegio. Puesto que ha sufrido, puede perdonar. ¿No?

Generosidad, esa es la cuestión: «El Estado de derecho será seguro generoso... salvo la amnistía total... dará todo lo que la necesaria reconciliación necesita» (Alberto Ayala). 'Todo' es... todo.

Generosidad: «Largueza de ánimo, nobleza, magnanimidad, liberalidad», dice el DRAE. ¿Cómo negarse a ello? ¿Cómo no podría ser generosa una sociedad vasca triunfante con sus miembros descarriados? Cuestionar esa generosidad que se presenta como evidente por sí misma suena a lo contrario: a tacañería, mezquindad, implacabilidad.

Ya tenemos el campo de discusión predefinido mediante términos que impiden el propio debate. Palabras marcadas, palabras trampa.

Y, sin embargo, me atrevo: ni la sociedad vasca ni el Estado de derecho deben ser generosos, no debe haber impunidad, la ley debe cumplirse.

En primer lugar, decencia: la generosidad hay que merecerla. Los del otro día, esos que exhibían orgullosos su historia y no tenían ni el más mínimo gesto de reflexión sobre el mal que han causado, ¿merecen generosidad? ¿No sería más bien indecente el tenerla una vez más, cuando se han reído siempre de ella?

Más: la sociedad vasca no puede ser generosa porque no es ella la que mayoritariamente ha sufrido. Para una sociedad de espectadores como la nuestra, ser generosa es la manera perfecta de cerrar el bucle de su mala conciencia. ¡Claro! Ni sufrimos antes con las víctimas, ni sufrimos ahora con los presos. Todo dolor se nos ahorra. No vale.

¿Y el Estado de derecho? ¿Tiene sentido esperar 'generosidad' del Estado de derecho? ¿Qué significa la generosidad cuando se pretende conjugarla con el marco jurídico? ¿Significa simplemente aplicar la ley con espíritu abierto y sin ser implacable? ¿Significa reinserción reglada? No. ¿Significa hacer excepción a la ley, no aplicar la ley, sacar a los presos con hábil ingeniería? Sí.

Pero si la ley finalmente no se aplica, si queda excepcionada, ¿en qué sentido decimos que ha vencido el Estado de derecho? ¿No es más bien lo contrario?

Pero bueno, ¿usted es tonto o se lo hace? Generosidad es política, es saber aprovechar el momento para cerrar definitivamente el ciclo de la violencia, generosidad es oportunidad. Es la generosidad por cálculo y por estrategia: enemigo que huye, puente de plata.

Ya entiendo. Las necesidades de la política, la ética de la responsabilidad, el posibilismo.

Isaiah Berlín gustaba de citar un proverbio de los antiguos griegos: «El zorro sabe muchas cosas, el erizo sólo una, pero la sabe muy bien». La estrategia del zorro es versátil, variada, sofisticada. El erizo sólo tiene una, aunque se concentra en ella.

La historia del asunto: ¿cuál ha servido? Ha habido zorros con propuestas hábiles y bien estudiadas casi todos los días de estos larguísima cuarenta años. Todas fracasaron. Sólo la del erizo sirvió al final: la ley. Pinchos y más pinchos, hasta que paren.

Pero ahora es distinto, buen hombre: ¿no ve usted cómo gracias a los zorros se han preparado la 'percha' y el 'aterri-zaje'? Déjeles entonces aplicar seguidamente su hábil estrategia y su ingenio para conseguir que la paz (¡oh, la paz!) se asiente definitivamente, lo importante es el resultado, ... and so on.

Pero, ¿no perderemos a fuerza de la hábil estrategia del zorro la verdad humilde que el erizo sabía tan bien?

La forma del proceso define al final el fondo del proceso, decía Belén Altuna el otro día: de tanto facilitar el final, ¿no acabaremos devaluando lo que queríamos potenciar, es decir, el Estado de derecho, la justicia y la memoria?

O sea, que usted terne e impávido con lo de 'fiat iustitia pereat mundus', como dicen que decía Kant. Hágase la justicia aunque perezca el mundo. ¿Esa es su brutal, bárbara e impolítica postura? Bueno, Hegel lo aclaró: 'Fiat iustitia ne pereat mundus': debe hacerse la justicia para que no perezca el mundo, para conservar la vida humana como algo con cierto sentido. En este caso nuestro, hacer justicia para conservar en la sociedad vasca algún valor que no sea la autocomplacencia.

Empieza la época de tener memoria: una memoria llena de pinchos, incómoda, desagradable.

O la de tener desmemoria: todos contentos, qué grandes somos.

Y habrá que elegir.



:: JOSÉ IBARROLA